

Este artículo fue originalmente presentado como ponencia en las Jornadas Interescuelas de Historia, organizadas por la Universidad de Salta en septiembre del 2001. Los autores son historiadores y docentes de la Facultad de Filosofía y Letras/UBA. Aquí, a través de la indagación de las condiciones en las que Ernesto Laclau desarrolló su producción intelectual de los años '60, se iluminan los vínculos recíprocos que retroalimentaban historia y política en aquellos años, tensando con este abordaje la representación que el campo historiográfico actual construyó de la "Universidad reformista" de ese período.

M a r t í n
B e r g e l
M a r i a n a
C a n a v e s e
C e c i l i a
T o s s o u n i a n

Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau

Es bien conocido que el campo historiográfico argentino, trabajosamente estabilizado en las últimas dos décadas después de haber vivido en una situación de precariedad permanente, se construyó sobre el antecedente de la experiencia de la Universidad reformista que se desarrolló entre 1955 y 1966. Las imágenes que en los últimos años se han concebido de esa experiencia fueron un importante acicate para la consolidación del campo.

Es también sabido que las representaciones que se traman de tiempos pasados recuperados para el presente suelen sufrir desajustes respecto al efectivo curso histórico. Recientemente, en un balance de la historiografía de los últimos veinte años, Roy Hora advertía que la historiografía moderna de los años '60 ocupó un lugar más marginal en las instituciones de lo que usualmente se imagina, y que fueron pocos los trabajos realmente inspirados bajo el impulso de la renovación de la disciplina¹. Dentro de esa reducida producción, Hora destacaba los escritos juveniles de Ernesto Laclau, cuya importan-

cia se comprueba en el hecho de que todavía hoy son leídos con provecho.

Las páginas que siguen tienen precisamente por objeto indagar las condiciones en que los principales trabajos históricos del joven Laclau fueron producidos. Contrariamente a algunos análisis sobre la historiografía del período que han limitado su enfoque a explorar la dimensión institucional,² en el caso del Laclau de los años '60 resulta indispensable inscribir su producción historiográfica en un campo de disputas sociales más vastas. En ese sentido, la hipótesis que guía este trabajo es que en el Laclau de aquellos años es posible verificar un modelo según el cual la militancia política y la actividad académica son dos frentes de una sola labor, y que las tensiones que pudieran existir entre ambas actividades sólo habrán de manifestarse hacia el final de la década del '60. Hasta entonces, política e historia serán dos compartimentos que permanecerán comunicados y en permanente retroalimentación. Aquí, en esta primera aproximación a un caso que se quiere destinado a contribuir a una discusión más amplia sobre la relación en-

1 R. Hora, "Dos décadas de historiografía argentina", en **Punto de Vista**, n° 69, Buenos Aires, 2001, pp. 42-48. Los autores de esta nota agradecen a Alejandro Cataruzza los comentarios que permitieron enriquecer el texto.

2 Nos referimos a aquellos análisis que, si bien introducen el contexto sociopolítico en el que se inscriben los escritos de la renovación, no explicitan sin embargo la deuda que en algunos casos tienen con la política. Véase, por ejemplo: M.E. Spinelli, "La renovación historiográfica en la Argentina y el análisis de la política en el siglo XX" y F. Devoto, "Los estudios históricos en la Facultad de Filosofía y Letras entre dos crisis institucionales 1955-1966", ambos publicados en **La historiografía argentina del siglo XX/2**, Buenos Aires, CEAL, 1994. Concurrentemente, algunas posturas plantean para aquellos años una neta separación entre historia y política. Por ejemplo, en referencia a los integrantes del grupo renovador, E. Míguez señala que "en marcado contraste con lo que ocurriría en la etapa posterior a 1966, las agudas discusiones que por esos mismos años fragmentarían a los intelectuales comunistas argentinos, no parecen reflejarse en las actividades profesionales de los historiadores, aunque algunos de ellos participaran de estos debates como parte de su vida política." En E. Míguez, "El paradigma de la historiografía económico social de la renovación de los años 60, vista desde los años 90", en **La historiografía argentina...**, op. cit., p.19.

tre historia y política en la década del '60, nos ocuparemos de mostrar la profunda imbricación de ambas esferas en la producción del joven Laclau rastreando el origen de sus dos escritos más significativos: el que describe el mecanismo de la renta diferencial de la tierra como modo central de acumulación de la clase terrateniente a fines del siglo XIX, y el que sienta una importante posición en el debate sobre los modos de producción en América Latina. Escritos que, aunque luego fueron beneficiosamente apropiados por la historiografía académica, surgieron como efecto de su militancia política en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN). Hoy, cuando la política yace anodina y vacía de todo contenido transformador, esta indagación sobre un pasado en el que la política parecía dar sentido a las distintas prácticas, incluida la teórica, es también una pregunta por nuestro presente y por la actualidad del quehacer historiográfico.

En primer lugar, entonces, partiendo de las características del campo historiográfico en el que Ernesto Laclau comienza su actividad intelectual, mostraremos una temprana convivencia entre su labor académica y sus inquietudes políticas. A continuación, ya en la etapa de militancia partidaria en el PSIN, consideraremos su influencia en sus escritos históricos. Finalmente, concluiremos con la crisis del modelo propuesto, provocada por la ruptura con el partido.

Los inicios intelectuales de Ernesto Laclau

La actividad académica de Laclau se inicia en 1954, a partir de su ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ella comienza su formación intelectual.³ Sus actividades en este ámbito se desenvuelven al calor de la influencia de José Luis Romero y el Instituto de Historia Social y se encuentran enmarcadas en un campo historiográfico situado en una “tensión constante entre factores tendientes a la estructuración profesional unificada y aquellos que disuelven tanto su unidad interna como su autonomía.”⁴ En ese contexto el grupo renovador plantea la necesidad de profesionali-

zar la disciplina histórica. Lo que se conforma en cambio es una esfera con una débil legalidad propia —un campo que será frágil y vulnerable respecto al de la política— en el cual se inserta Laclau.⁵

La nueva historia propiciada por el grupo renovador buscaba por entonces diferenciarse tanto de la producción historiográfica de la Nueva Escuela Histórica como del revisionismo histórico. Importantes influencias para este grupo, así como herramientas para alcanzar tal propósito, fueron *Annales*, el marxismo, la economía y la sociología norteamericana. A falta de una visión histórica compartida, *Annales* proveyó un terreno común de acción en una etapa de recopilación de datos, a la vez que un incentivo a la apertura temática y problemática de la historia.⁶ La incorporación a los estudios históricos de la idea de historia total y los conceptos de larga duración y estructura fueron otros aportes de *Annales* a este grupo.⁷

Es este marco intelectual el que conduce a Laclau a escribir “Notas sobre la historia de las mentalidades”⁸, un artículo historiográfico donde desarrolla una impugnación, desde una postura marxista, a la historia de las mentalidades de Lucien Febvre. Este artículo sitúa a Laclau desde un principio como un intelectual implicado a un tiempo en los valores de su disciplina y en los de un campo ideológico más vasto. El texto denota tanto un detallado conocimiento de la producción de *Annales* como un análisis crítico de la misma. Pese a reconocer la utilidad de la historia de las mentalidades como instrumento que permite captar la presencia de infinidad de hechos y estructuras nuevas y acceder al conocimiento de los marcos objetivos de la acción humana, Laclau postula limitaciones inherentes a la misma. Este tipo de reconstrucción “es incapaz de transmitirnos lo que es más específico del acontecer histórico: el sentido, la dirección, el significado del cambio. Lo esencial no es conocer descriptivamente el conjunto de estructuras que limitan la acción humana en un momento del tiempo: lo esencial es ver cómo se articula realmente el desarrollo de un proceso, cómo esos distintos elementos de la realidad histórica se conectan y vinculan los unos con los otros; vale decir, que lo esencial es reconquistar, por detrás

3 En 1954 ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras. Luego de desempeñarse por muy poco tiempo como ayudante de investigación de G. Germani en el Departamento de Sociología de esta Facultad, trabaja junto a J.L. Romero en el marco del Instituto de Historia Social que se había creado por ese entonces. Sus primeros contactos con la práctica política se dan en 1955, a través del movimiento estudiantil en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1958 se incorpora al Partido Socialista Argentino, liderado por Alfredo Palacios, y cuando se produce su división en 1961 pasa a formar parte del Partido Socialista de Vanguardia —una escisión del primero de orientación marxista leninista—. Paralelamente, tiene una activa militancia estudiantil, llegando a ser presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras y también representante de la fracción reformista en el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires. Pero sus discrepancias con el Partido Socialista de Vanguardia, en especial el desinterés que éste mostraba por la política universitaria así como su lejanía respecto a las posturas nacional-populares crecientemente asumidas por Laclau, hacen que su militancia en el partido sea muy breve. Cuando lo abandona junto a otros estudiantes de Filosofía y Letras (Adriana Puiggrós, Norberto Sessano, Blas Alberti, María Inés Ratti y Ana Lía Payró, entre otros), todos ellos crean el Frente de Acción Universitaria (FAU). El lugar que tiene la Universidad como vehículo de politización de Laclau es evocada por él mismo en el en algún sentido enigmático epígrafe —“a Viamonte 430, donde todo empezó”— con que encabeza *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, uno de sus libros publicados luego de su consagración en el escenario de la filosofía política: “yo en esa época no estaba para nada politizado, y toda mi politización empieza a ocurrir en 1955. Entonces, fue (...) en el movimiento estudiantil donde yo empecé mi formación política y fui desarrollando una perspectiva intelectual.” Entrevista a Ernesto Laclau publicada en *El Ojo Mocho*, n° 9/10, Buenos Aires, otoño 1997, p. 5.

4 S. Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 26.

5 Para un análisis sobre el grupo renovador que incluye algunos comentarios sobre Laclau véase R. Hora, “Dos décadas...”, op. cit., p. 43; J. C. Korol, “Los Annales en la historiografía argentina de la década del 60”, *Punto de Vista*, n° 39, Buenos Aires, 1990, pp. 38-42; T. Halperin Donghi, “Un cuarto de siglo de historiografía argentina 1960-1985”, *Desarrollo Económico*, n° 100, Buenos Aires, 1985, p. 512.

6 Halperin Donghi, “Un cuarto de siglo...”, op. cit., pp. 495-496.

7 E. Míguez, “El paradigma de la historiografía...”, op. cit., p. 17.

8 E. Laclau, “Nota sobre la historia de las mentalidades”, en *Desarrollo Económico*, n° 1/2, Buenos Aires, 1963. Para una visión de la recepción de *Annales* donde se menciona al artículo de Laclau véase J.C. Korol, “Los Annales en la historiografía...”, op. cit.

de los paisajes humanos que nos muestran los cortes transversales del pasado, la dinámica específica del cambio histórico”.⁹ Es por esto que su propósito atiende a elaborar una renovada historia atenta a los procesos de cambio y montada en una imagen sobre el futuro, donde “el marxismo representa la única tentativa válida, hasta el presente, de ligar la significación peculiar de un momento del tiempo con la totalidad de la historia humana”.

Así, Ernesto Laclau sostiene la necesidad de volver a una historia que pudiera ver en las estructuras no sólo los límites de la acción humana sino también el resultado mismo de esa acción: “Las relaciones entre el individuo y la colectividad aparecen planteadas por Febvre a partir del enfrentamiento de aquél con ésta. De ahí que las estructuras mentales asuman el rasgo de simples presencias incuestionables, que aparecen deshumanizadas”.¹⁰ Y en este sentido su texto participa del clima intelectual más amplio de aquellos años que, partiendo de un suelo común en el cual Sartre operaba como referencia general, ofrecerá resistencia al emergente estructuralismo antihumanista. Como ha apuntado Oscar Terán, el renovado énfasis en la idea de estructura que arribaba en varias tonalidades era motivo de recelo precisamente por la misma razón que lo era para Laclau: porque venía a “atacar un núcleo fundamental de las creencias dominantes de la nueva izquierda argentina al conectarse con la sospecha hacia la voluntad colectiva organizada y consciente de los seres humanos para producir la transformación político-social”.¹¹ Por lo que aquí más interesa, cabe resaltar cómo uno de los primeros artículos de Laclau, escrito antes de su ingreso al PSIN, ya muestra las huellas de la política en su producción intelectual. Su estudio sobre la historia de las mentalidades, su trabajo más “académico” de aquellos años, exhibe la preocupación por conectar una específica forma de concebir el devenir histórico con una también clara concepción del rol de la política en él.

En convergencia con esa búsqueda por enlazar la actividad profesional con las necesidades de la política, desde su militancia estudiantil¹² Laclau participa activamente de la polémica contra el denominado “cientificismo”, que cultivaba una modalidad de ejercicio de los saberes juzgado como ajeno a las luchas sociales.¹³ Dentro de ese debate, el aporte de Laclau consiste en una crítica a ese cientificismo cuyos esfuerzos por renovar la universidad no enfrentaban el problema que pendía sobre ella: la dependencia y el dominio también cultu-

ral del imperialismo. Porque justamente allí residía el principal problema del cientificismo: en la separación de una esfera cultural pretendidamente autónoma de la realidad nacional y mundial que no podía sino contaminarla.¹⁴

Con el correr de la década del ‘60, el itinerario de Laclau nos conducirá de esta inicial interacción entre historia y política a una progresiva subordinación de los espacios académicos a las lógicas de la política. La forma que adoptará este curso, signado por su militancia orgánica en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, da tema al siguiente apartado.

Ernesto Laclau y el Partido Socialista de la Izquierda Nacional

Desde fines de la década del ‘50, el campo intelectual argentino vive un proceso de creciente efervescencia política. La “Traición Frondizi”, el éxito de la “vía cubana” al socialismo y la persistencia del peronismo en la clase obrera argentina, constituyen problemas novedosos con los que debe dificultosamente lidiar la izquierda tradicional representada por los Partidos Socialista y Comunista. Son estos datos nuevos los que ofician como punto de partida para numerosos grupos que, distanciándose de esa izquierda juzgada como insuficientemente empapada de realidad nacional, emprenden una tarea de cuestionamiento y renovación de su campo.

En ese contexto, en el invierno de 1962, militantes provenientes del socialismo pero sobre todo de una constelación originada en ciertos núcleos del primer trotskismo argentino cuya evolución posterior en distintas formaciones políticas y culturales ya entonces daba cuerpo a una primera tradición de “izquierda nacional”, deciden fundar el Partido Socialista de la Izquierda Nacional. Liderado por Jorge Abelardo Ramos —secundado por J. E. Spilimbergo y Carpio—, el partido sostenía posiciones antiliberales, antiimperialistas y nacionalistas de izquierda dentro de un enfoque marxista de corte economicista. Y postulaba como horizonte la “revolución nacional”: una revolución que, llevada a cabo por la clase obrera y demás sectores populares, no por socialista descuidaría las tareas de la liberación nacional y social.

9 E. Laclau, “Nota sobre la historia...”, op. cit., p. 312.

10 *Ibidem*, p. 312.

11 O. Terán, **Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la argentina (1956-1966)**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993, p. 110.

12 Si bien Laclau lideró el FAU hasta diciembre de 1963 el interés por la política universitaria será una constante, incluso durante su militancia en el PSIN. Como miembro del partido publica varios artículos sobre la universidad. Entre otros, “Presupuesto universitario y luchas nacionales”, en **Lucha Obrera**, n° 5, Buenos Aires, 1964; y “Crisis universitaria y pequeña burguesía”, en **Izquierda Nacional**, n° 4, Buenos Aires, 1967. A su vez, en las conferencias que Laclau expone en el Instituto de Estudios Históricos del PSIN se ocupa de la misma temática: por ejemplo, “La universidad y los conflictos ideológicos de la pequeña burguesía”, enero de 1966, donde se evidencia que su preocupación de fondo es siempre la misma: la nacionalización de las clases medias. Por otra parte, siendo director del periódico y de la revista del partido, su interés por la Universidad se advierte en la cantidad de artículos que se publican sobre el tema.

13 El debate contra el cientificismo que englobará a buena parte de la nueva izquierda, tiene en el movimiento estudiantil a uno de sus principales protagonistas. Como señala O. Terán “Dentro del movimiento estudiantil reformista irán creciendo con menos sutilezas los ataques contra los cientificistas, caracterizados por encarnar un fenómeno típico de la cultura burguesa contemporánea y por responder únicamente al plan ‘de los organismos extranjeros que contratan sus servicios’”, en **Nuestros años sesentas...**, op. cit., pp. 70-71.

14 E. Laclau en “Ensayo del FAU contra el cientificismo”, folleto publicado por el PSIN, 1962. Información aportada por Spilimbergo, en entrevista, julio del 2001.

No fue fruto del azar que las corrientes estudiantiles —como el Frente de Acción Universitaria (FAU) capitaneado por Laclau— que en los primeros '60 rompían con las tradiciones liberal-democráticas de la izquierda y progresivamente se acercaban a posturas nacional-populistas hayan podido converger con la Izquierda Nacional de Ramos.¹⁵ Porque, a posiciones políticas convergentes¹⁶ se suman otras características que hacen del PSIN un partido atractivo para quien ya experimenta una comunión entre la militancia política y una perspectiva intelectual: el PSIN, como anteriormente otras formaciones animadas por Ramos, desarrollaba activamente una política de agitación cultural a través de libros, múltiples conferencias y publicaciones periódicas; ligado a ello, esa política agitativa, a la postre el terreno en el cual la Izquierda Nacional alcanzaría sus mayores logros, tenía como principal campo de batalla a la historia. Ramos, y en su senda también Spilimbergo, eran portadores de una prolífica tendencia a la escritura histórica —revelada en la producción de una gran cantidad de libros y folletos—, cuya función era la de ofrecer una visión alternativa desde el punto de vista de las clases oprimidas tendiente a rivalizar con las versiones oficiales así como con las ofrecidas por una izquierda tradicional que, en su profunda incomprensión de la realidad nacional, no cesaba de ser denostada con denuedo. Esa vocación por la historia no podía sino entroncar naturalmente con las preocupaciones intelectuales y con la formación universitaria de Laclau. Así, aún a pesar de ciertos recelos (que nacían del extendido sesgo antiintelectualista que era marca de época¹⁷), vertidos sólo desde la periferia del partido¹⁸, hay que señalar que Ramos y la cúpula del PSIN no despreciaban en absoluto las cualidades intelectuales de Laclau y sus compañeros del FAU.

Esa atracción recíproca —de Ramos por contar con jóvenes de talento intelectual, de Laclau por un partido que inmediatamente le ofrece amplio protagonismo¹⁹— culmina entonces con la incorporación del FAU al PSIN en 1963. Por lo demás,

y a pesar del personalismo de Ramos, Laclau también padeció el encandilamiento que su controvertida figura generaba. Ramos, al decir de Laclau, “ejercía por esos años una considerable influencia intelectual y política en la izquierda, una poderosa atracción sobre jóvenes, como yo, en ruptura con una formación intelectual liberal”.²⁰

En esta nueva etapa intelectual, Laclau intenta la unión entre una tradición nacional-popular y el marxismo. Esta búsqueda fue la que propició las lecturas de autores enrolados en el revisionismo —Hernández Arregui, Jauretche, además de la influencia de los propios libros de Ramos—, como también la de los faros intelectuales del marxismo europeo, como Gramsci y Althusser. Es el propósito de conciliar estas tradiciones en el marco de un partido político llamado a interpelar a la clase obrera el que coloca a Laclau en una posición de intelectual orgánico —en tanto los saberes adquiridos tienen como fin principal que el de servir a la estrategia del partido. Así, como apuntaba en un texto, historia y política configuraban dos momentos de una sola operación intelectual: “No se puede hacer historia más que cuestionando algo en sus raíces (...) Las armas de la crítica y la crítica por las armas son dos momentos indisociables de la acción revolucionaria. El hecho de que la primera de estas tareas, en lo que hace a la revisión de la historia oligárquica, no haya sido asumida desde una perspectiva nacional-burguesa y sí desde una perspectiva socialista y proletaria, configura en buena parte el curso de la segunda.”²¹ Así, sólo a través de una historia concebida como herramienta de transformación política ella adquiere total legitimidad. Es en este sentido que, desde su militancia partidaria, se opera una progresiva politización de la actividad académico-intelectual que, sin embargo, no por politizada deja de concebirse como fundamental y merecedora de la posesión de un elaborado utillaje intelectual.

En lo que sigue, para dar cuenta de esta imbricación entre política e historia, intentaremos mostrar cómo la hipótesis sobre

15 El FAU existió durante un año, en el transcurso del cual comenzó a establecer vínculos con el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, al cual se incorporó formalmente el 22 de diciembre de 1963. La militancia de Laclau en este partido se extendió hasta fines de 1968, cuando se dio la ruptura con el PSIN.

16 En la declaración por la cual el FAU se integra al PSIN sus integrantes justifican tal movimiento en la “necesidad de crear un nuevo eje de reagrupamiento sobre la base de un programa nacional revolucionario que, al mismo tiempo que fijara las perspectivas generales de las luchas populares, fuera capaz de elaborar una estrategia concreta para las situaciones inmediatas.” Publicado en *Izquierda Nacional*, nº 5, Buenos Aires, 1964.

17 “Era la política la práctica dadora de sentido a todo ejercicio intelectual. Este rasgo explica que la señalada presencia de los intelectuales en el campo social haya coexistido paradójicamente con un innegable antiintelectualismo de época que atraviesa prácticamente todo el campo cultural”. O. Terán, “Intelectuales y política en la Argentina 1956-1966”, en *Punto de Vista*, nº 37, Buenos Aires, 1990, p. 21.

18 Norberto Galasso, que formalmente no formaba parte del PSIN aunque estaba en contacto con su entorno cultural, ha defendido la idea según la cual el origen académico-intelectual de Laclau y el FAU operó como un dique en el crecimiento del partido. Según él, la poca difusión del periódico partidario se debía, entre otras cosas, a “las limitaciones de Laclau, cuya clara inteligencia le permite volcar en el semanario las posiciones correctas pero cuyo estilo —donde se refleja su desvinculación del mundo de los trabajadores— conspira contra la difusión popular.” En *La Izquierda Nacional y FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 118. En otro sitio, Galasso agrega que “el caso ‘Laclau’ es digno de análisis. En sus gestos, sus costumbres, sus gustos, Ernesto Laclau evidenciaba al hijo de la oligarquía. (...) Si su inteligencia le permitía comprender y profundizar problemas fundamentales de nuestra revolución, en cambio no los sentía, como no sentía al peronismo ni al pueblo. Delgado, fino de modales, capaz de la ironía culta, existista profesional, provenía no sólo de una familia oligárquica sino también de una Facultad que se las traía: la de Filosofía y Letras de Buenos Aires”. Extracto de borradores de *La Izquierda Nacional y el FIP*, facilitados gentilmente por el autor.

19 Tal como narra Galasso, a sólo cuatro meses de su incorporación “Laclau pasa a dirigir la revista *Izquierda Nacional*, en lugar de Spilimbergo, y poco tiempo después, en septiembre de 1964, al aparecer Lucha Obrera pasa a desempeñarse como director, al tiempo que ya ha ingresado a la Mesa Ejecutiva.” N. Galasso, *La Izquierda Nacional...*, op. cit., p. 111.

20 “Teoría, Democracia y Socialismo”, entrevista de Robin Blackburn, Peter Dews y Anna Marie Smith a E. Laclau en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990, p. 208.

21 E. Laclau, “Pensamiento marxista e historia argentina. Conciencia histórica e izquierdismo pequeñoburgués”, en *Izquierda Nacional*, nº 6, 1964.

la renta diferencial internacional y la intervención en el debate sobre los modos de producción, analizados y profundizados por Laclau en dos artículos llamados a tener una gran influencia en la historiografía argentina,²² nacieron como efecto de sus actividades políticas. Así, la crítica historiográfica de Laclau se constituirá en una prolongación hacia el pasado de su crítica política.

La hipótesis sobre la renta diferencial internacional

En “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente”, publicado en 1969²³ —meses después de la ruptura con el PSIN—, Laclau utiliza la categoría *renta diferencial* para explicar tanto el crecimiento económico que vivió la Argentina entre 1860 y 1930 como su posterior estancamiento. La clave de esta expansión la encuentra en la existencia de una renta diferencial a escala internacional —cuya principal beneficiaria fue la oligarquía terrateniente— a favor de la producción agropecuaria argentina, consecuencia de la gran fertilidad de la llanura pampeana. Pero al consolidar un capitalismo dependiente fuertemente supeditado a las condiciones del mercado comprador la renta se convirtió en el origen de los límites del crecimiento.

Así, la categoría de la renta diferencial, cuya función era la de “ocupar en nuestra economía el lugar que en un capitalismo no dependiente corresponde a la acumulación de capital”.²⁴ venía a ofrecer una sugerente hipótesis explicativa acerca del dinamismo de la economía argentina. Y esto tanto en lo que hace a la elucidación del origen transnacional de los altos ingresos de la clase terrateniente —en un contexto de escasez de fuerza de trabajo y salarios altos que impedían hablar de una alta tasa de plusvalía—, como de los recursos cuyo drenaje hacia las capas inferiores estaría en la base de la formación de una estructura social de altos ingresos relativos que neutralizarían paulatinamente la conflictividad social revolucionaria. Este abanico de ideas ha sido posteriormente apropiado y discutido en diferentes modos por gran parte de la

historiografía económica actual que tomando a Laclau como introductor de esta hipótesis, se ha referido a sus aciertos y límites.²⁵

Ahora bien, ¿Cual pudo ser el origen de una hipótesis tantas veces discutida por la historiografía? Todo indica que sólo en su tránsito por el PSIN pudo ser incorporada por Laclau. La tesis sobre la importancia de la renta diferencial figura en los documentos oficiales del partido. Cabe señalar, sin embargo, que con anterioridad a la existencia del PSIN ya había sido utilizada para caracterizar la estructura económico-social del país. Se vuelve necesario, por lo tanto, realizar un rastreo de cómo la tesis es incorporada al partido. En este sentido, existen dos sendas complementarias para explicar su entrada en las filas del PSIN: una tiene a Spilimbergo como introductor de la categoría a través de la lectura de los escritos de A. Methol Ferré²⁶; la otra alude a la lectura de José Boglich, quien plantea la hipótesis de la renta ya en los años '30.

En el primer caso, Methol Ferré ofrece hacia 1959, en un análisis de la economía uruguaya, una prefiguración de lo que será luego la hipótesis: “la riqueza del Uruguay aparece con una clara preponderancia del factor naturaleza por sobre el del trabajo social (...) nuestra riqueza exportable implicó poco trabajo social en relación a la distribución de tareas de la población activa del país y en comparación a la espontaneidad natural (de la tierra).”²⁷ Sin embargo, Methol Ferré no utiliza estrictamente la categoría de renta diferencial sino una más laxa idea sobre la prodigalidad del suelo rioplatense, un tópico no tan excepcional en los planteos de la época. Pero quien había con bastante antelación ofrecido un desarrollo unívoco de la tesis es J. Boglich en *La cuestión Agraria*, publicado por Editorial Claridad en 1937 y vuelto a reeditar por Pampa y Cielo en 1964, editorial que no casualmente pertenecía a Ramos. Los planteos de Boglich se encuentran inscriptos en el debate trotskista de los años '30 sobre la naturaleza del capitalismo argentino, polémica que envuelve a figuras como Héctor Raurich, Antonio Gallo y Liborio Jus-

22 En relación a la recepción historiográfica de sus trabajos ver principalmente: E. J. Míguez, “La expansión agraria de la Pampa Húmeda (1850-1914). Tendencias recientes de su análisis histórico”, *Anuario de Tandil*, n° 1, Tandil, 1986; H. Sabato, “La cuestión agraria pampeana: un debate inconcluso”, *Desarrollo Económico*, vol. 27, n° 106, Buenos Aires, 1987; y en *Historiografía Argentina 1958-1988*, Comité Internacional de Ciencias Históricas, Comité Argentino, Buenos Aires, 1988; R. Cortés Conde, “La historiografía económica argentina en los últimos años”, E. J. Míguez, “¿La oportunidad desperdiciada? Historiografía sobre la gran expansión agraria pampeana 1858-1988”, G. Malgesini, “La historia rural pampeana del siglo XX. Tendencias historiográficas de los últimos treinta años”.

23 “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, n° 5, Paraguay, 1969. Reproducido en M. Giménez Zapiola (comp.), *El régimen oligárquico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

24 E. Laclau, “Modos de producción...”, en *El régimen oligárquico*, op. cit., p. 37.

25 La hipótesis de la renta laclauiana es uno de los supuestos fuertes sobre el que está armado el libro de Hilda Sabato *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989. E. Míguez también la considera, pero le señala como problema la poca clara distinción entre renta y ganancia en los ingresos agropecuarios postulados por Laclau. V. Míguez, “La expansión agraria de la Pampa Húmeda...”, op. cit., p. 102.

26 N. Galasso sostiene esta vía de entrada de la categoría en el partido. Entrevista con Norberto Galasso, mayo del 2001.

27 A. Methol Ferré, *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*, Buenos Aires, Peña Lillo, Colección La Siringa, pp. 60-61. Casi una década después, Methol Ferré se atribuye retrospectivamente la utilización de la hipótesis al decir que “la Argentina y el Uruguay se beneficiaron de una enorme renta diferencial a su favor” y que “este planteo lo había formulado ya casi una década atrás en *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*”, en *El Uruguay como Problema*, Montevideo, La Banda Oriental, 1967, p. 47 y nota al pie de la p. 47. Lo curioso es que, contra lo formulado por el autor, una lectura atenta del libro de 1959 no ofrece evidencias de un uso desarrollado de la hipótesis.

to.²⁸ Boglich plantea la tesis del carácter capitalista del agro argentino, un capitalismo agrario atrasado y semicolonial. Para este autor, el capital imperialista, bajo la forma de “capitalismo colonizador”, invertía desde el siglo XIX en la pampa argentina “grandes sumas de capitales en ferrocarriles, industrias agropecuarias, comercio, créditos, etc., pues necesitaba crear una agricultura sobre bases capitalistas de explotación”.²⁹ Al calor del desarrollo de este peculiar capitalismo se irá configurando una oligarquía terrateniente que basa su acumulación en la percepción de una “renta diferencial que proviene de la diferencia de productividad de las tierras pampeanas”³⁰ Podemos concluir que estas dos vías descriptas constituyen entonces el camino de ingreso de la hipótesis sobre la renta diferencial en el PSIN.

Dentro de los textos producidos en el marco de la militancia partidaria, la hipótesis aparece postulada por primera vez en el artículo “La sociedad argentina a la luz del marxismo”, escrito por J. E. Spilimbergo en 1964:

“El ingreso fundamental de la oligarquía, en cuanto clase terrateniente, no ha dependido del proceso de valorización del capital sino del monopolio del suelo. Ha tendido por lo tanto a transferir en renta el porcentaje más amplio posible de plusvalía, y a consumir alegremente esa renta, que era un valor seguro y asegurado. Importa subrayar, especialmente, que la renta capitalista consumida por la oligarquía era, en buena

parte, renta diferencial, es decir, plusvalía extraída a los trabajadores extranjeros a través del mecanismo de igualación de los precios mundiales, mecanismo que favoreció a la Argentina por la fertilidad de sus suelos. De este modo, la oligarquía terrateniente, pese a ser una clase capitalista, se yergue como obstáculo opuesto al desarrollo capitalista, es decir al proceso de acumulación de capital, de formación de un mercado interno y de crecimiento de las fuerzas productivas.”³¹

Se ve la afinidad entre estas consideraciones y la tesis posteriormente desarrollada por Laclau. La hipótesis, por lo demás, constituirá una constante en los análisis histórico-políticos del PSIN. El lugar que ocupa dentro de la caracterización de la sociedad argentina se observa, por ejemplo, en el importante texto partidario que lleva por título “Clase obrera y poder”.³² En él se profundiza el análisis sobre las consecuencias de la renta diferencial, en especial en relación a los niveles de ocupación de mano de obra en el período de expansión económica³³ así como respecto a la crisis de 1930 y la consiguiente estructura industrial que trajo aparejada.³⁴

La hipótesis de la renta diferencial debe ser inscripta en el contexto más amplio de las disputas sociales que se desarrollaban por aquellos años. Porque las diversas interpretaciones

28 El debate Gallo-Justo sobre socialismo-liberación nacional se situaba al interior de una problemática crucial como la de la caracterización del capitalismo. Pues, como señala H. Tarcus en su libro *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, de acuerdo a cómo se respondiese a dicha cuestión, se desprendería la naturaleza de la revolución: ésta sería directamente socialista, o bien democrático-nacional. Aunque ambos autores planteen el carácter capitalista de la Argentina, Justo desprende de esto la necesidad de completar la revolución democrático-burguesa, que se formula como una revolución de liberación nacional dado el perfil semicolonial de la Argentina. Por el contrario, Gallo reafirma el carácter de semicolonía avanzada del país (que cuenta con una burguesía nativa que disfruta del control de un estado propio) entendiéndola como una formación social predominantemente capitalista. De aquí desprende el antagonismo de clases entre la burguesía y el proletariado como clave para comprender la dinámica histórico-política y afirmar la necesidad de una revolución de carácter socialista. Las posiciones de este debate serán retomadas y dividirán aguas en la siguiente generación de trotskistas argentinos. Así, mientras Milcíades Peña retoma la tesis de Gallo, el grupo de Ramos y Niceto Andrés, entre otros, hacen suya la problemática de Justo sobre la liberación nacional, problemática en torno a la cual se irá gestando —en lo que es una peculiaridad argentina— una izquierda nacional que en algún grado se reconoce sin embargo trotskista. V. H. Tarcus, *El marxismo olvidado...*, op. cit., pp. 89-97.

29 J. Boglich, *La cuestión agraria*, Buenos Aires, Claridad, 1937, p. 202; También citado por Tarcus en *El marxismo olvidado...*, op. cit., p. 98.

30 J. Boglich, *La cuestión agraria*, op. cit., p. 23. Boglich dedica el capítulo III a analizar teóricamente el problema de la renta diferencial. En él postula que “la renta diferencial no proviene exclusivamente de la diferencia del rendimiento de la tierra; en su constitución intervienen otros factores, como ser la mayor o menor distancia que se encuentre la finca del mercado de consumo, los medios de transporte, etc. (...) También se constituye la renta diferencial con el mejoramiento de la fertilidad de los terrenos...”, p. 25.

31 “La sociedad argentina a la luz del marxismo”, en *Izquierda Nacional*, n° 6, Buenos Aires, 1964. Spilimbergo deducía de ello que “La contradicción entre un capitalismo agrario “anticapitalista”, manejado por los terratenientes, el capital comercial importador y el capital imperialista por un lado, y el resto del país colonizado, por el otro, es la contradicción fundamental (...) esta contradicción es la que define el contenido nacional-democrático de la revolución argentina”.

32 Las tesis allí desarrolladas son aprobadas en un congreso del PSIN realizado en agosto de 1964 en Villa Allende, Córdoba, y publicadas luego en *Lucha Obrera* en los números 2, 4 y 6 -año 1964-, y en *Izquierda Nacional* números 1, 2 y 3 -año 1966-. Para una versión de las principales partes de este documento véase Galasso, *La izquierda...*, op. cit., pp. 113-117.

33 “Durante el período de auge, el punto vulnerable de esta economía fue la bajísima absorción de mano de obra. La renta diferencial y el monopolio mercantil sobre las carnes imponían un ruralismo extensivo, o sea, hacer producir a la tierra y no a los hombres.” “Clase Obrera y Poder”, en N. Galasso, *La izquierda Nacional...*, op. cit., p. 113.

34 “El peso del sector servicios dentro del producto bruto nacional no resulta de una alta productividad del trabajo en la plataforma técnica, sino de los beneficios de la renta diferencial. Así se explica que la quiebra del mercado mundial a partir de 1930, sume en la mayor crisis a la pomposamente llamada Argentina moderna. El deterioro de los términos de intercambio es la ley que preside la descomposición de la estructura. (...) La evolución hacia la economía industrial no procedió de un crecimiento de las fuerzas productivas internas, sino del colapso de las determinantes exteriores de la vieja semicolonía privilegiada (...) Nuestra industrialización, sin embargo luego generará movimiento e impulso propio, si no ideología burguesa sucedáneos a ella, conciencia revolucionaria en el proletariado y cultura industrial en el país.” *Ibidem*, pp. 114-115.

que del pasado se forman las agrupaciones políticas de la época conducen a diferentes concepciones sobre las tareas pendientes en el porvenir. En el horizonte de los '60 coexistían diferentes posturas: por un lado, el enfoque propuesto entre otros por el Partido Comunista que insistía en el carácter pre-capitalista de la oligarquía terrateniente en el siglo XIX, planteaba la existencia de resabios feudales en el presente y postulaba, por lo tanto, la necesidad de la lucha por el socialismo una vez completada la etapa democrático-burguesa; por otro, un enfoque como el de Milcíades Peña que afirmaba el carácter burgués de esta oligarquía, deducía de ello la identidad de intereses entre industriales y terratenientes luego de 1930 y exhortaba sin más a emprender el camino de la revolución socialista. En ese marco, el PSIN se ubica impugnando parcialmente ambas posiciones. Partiendo del supuesto de una generalización de las relaciones salariales en la pampa argentina y una relativa tecnificación del agro llevada a cabo por la oligarquía terrateniente³⁵, sostiene el carácter capitalista del campo refutando así la primera de las posturas mencionadas. Pero si conforme a esta crítica el partido se acercaba a un enfoque como el de Peña, no tardará en advertir que posturas de ese tipo conducen, en palabras posteriores de Laclau, a la incompreensión de que “en una estructura de ingresos determinada en buena medida por el nivel de las exportaciones agropecuarias, la renta era muy superior al beneficio agrario, como fuente de riqueza. De acuerdo con nuestra hipótesis, el monopolio de la tierra y la elevadísima renta diferencial proveniente de la inagotable fertilidad de la llanura pampeana se unieron para consolidar la estructura a la vez capitalista y dependiente de la economía argentina.”³⁶ Será de este capitalismo caracterizado como dependiente del que se deducirán premisas que, en pugna con las visiones “ultraizquierdistas” que pretendían un acceso directo al socialismo³⁷, propugnarán una solución de cuño antiimperialista que funcionase como síntesis de una perspectiva socialista y de liberación nacional.

El debate sobre los modos de producción en América Latina

Si el rastreo de la génesis de la hipótesis de la renta diferencial de la tierra permite, en definitiva, encontrarle un origen político antes que académico, otro tanto ocurre si nos detenemos a indagar las motivaciones que Laclau pudo haber tenido para la realización del otro artículo de importante trascendencia elaborado en su etapa juvenil: el que interviene en la polémica sobre los modos de producción en América Latina.³⁸ Su elaboración y posterior publicación resulta también de los estímulos provocados por su militancia partidaria en las filas del PSIN. Prueba contundente de ello es que en la Argentina el debate —que recoge el eco del movimiento más general que se daba por entonces en el mundo intelectual marxista de Occidente por evaluar la naturaleza de las relaciones entre las distintas “instancias” de las sociedades de todos los tiempos y espacios a la luz de un materialismo histórico cuya capacidad heurística asomaba como poderosa—, es introducido y dinamizado por el órgano teórico del PSIN, la revista **Izquierda Nacional**. Es en sus páginas que, en 1966, se reproduce el debate que guiará la polémica: el que enfrenta a la tesis por ese entonces ya clásica sobre la primacía del feudalismo en América Latina esgrimida por Rodolfo Puiggrós, con la entonces nueva e incisiva interpretación sobre la verdadera naturaleza del modo de producción predominante en Latinoamérica que para André Gunder Frank no era otro que el capitalista.³⁹ El debate había tenido lugar en el suplemento dominical **El Gallo Ilustrado**, del diario **El Día** de México, en 1965, y gracias a la atención brindada por el PSIN sólo un año después es publicado en Argentina. Que la sospecha acerca de que Laclau es en alguna medida responsable de la decisión de su publicación no es infundada, se desprende del hecho de que, en ese mismo año, contratado por la Universidad de Tucumán, el joven profesor desarrollará en sus clases las que serán luego sus posiciones en el artículo con que intervendrá en el debate.⁴⁰

35 Ramos sostenía que la clase media del campo es el chacarero o pequeño empresario capitalista, que explota a un proletariado rural. En “Los problemas estratégicos de la Revolución Argentina”, **Izquierda Nacional**, nº 6, 1964.

El PSIN también postulaba que “no se niega la función industrial de la oligarquía en el proceso de refinamiento, mejoras, tecnificación, etc. Pero esa función opera como condición para poder ejercer el parasitismo de la renta y el monopolio mercantil.” En **Izquierda Nacional**, nº 1, 1966.

36 E. Laclau, “Modos de producción...”, op. cit., p.36.

37 En el debate con Peña, Ramos sostiene que la perspectiva de la revolución socialista que se desprende del planteo de **Fichas** —que postula la lucha simultánea contra el enemigo interno y externo— bloqueaba las posibilidades de consolidar el frente nacional al colocar en el mismo plano al país opresor y al país oprimido. En J. A. Ramos, “La cuestión nacional y el marxismo”, en **La lucha por un partido revolucionario**, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.

38 “Feudalismo y Capitalismo en América Latina”, en publicación del **Centro de Estudios de Economía Política**, Buenos Aires, 1971; también en **Cuadernos de Pasado y Presente**, nº 40, 1973, pp. 23-46. Una versión preliminar de estas ideas fue expuesta en “Feudalismo y Capitalismo como categorías de análisis histórico”, en **Publicación interna del Instituto Torcuato Di Tella**, Buenos Aires, 1968.

39 El debate entre A. Gunder Frank y R. Puiggrós se publica íntegramente en **Izquierda Nacional** nº3, Buenos Aires, 1966. José Carlos Chiaramonte señala que fue en ocasión del debate Frank-Puiggrós que el concepto de modo de producción hace su ingreso en los análisis de las sociedades latinoamericanas. V. J. C. Chiaramonte, **Formas de Sociedad y Economía en Hispanoamérica**, México, Grijalbo, 1984, p. 93.

40 Entrevista a Laclau en **El Ojo Mocho**, op. cit., p. 12. Su estancia en Tucumán muestra, una vez más, que, lejos de excluirse, las lógicas política y académica para el Laclau de esos años se complementaban. No sólo podía efectivamente dedicar sus clases a un tema que, de creciente sofisticación en el medio intelectual marxista de entonces, estaba orientado por necesidades políticas sino partidarias. A la vez Tucumán será una plaza en la que el dictado de la currícula universitaria se complementará con la práctica política: su estancia en esa ciudad lo verá impulsando activamente el Comité Zonal Tucumano del PSIN.

El debate, por lo demás, estaba decididamente impulsado por una lógica política. Como reseñaba Laclau al inicio de su artículo, del enfoque que defendía la naturaleza feudal de las sociedades latinoamericanas se deducía que “estas sociedades no han alcanzado aún su etapa capitalista y están en vísperas de una revolución democrático-burguesa que estimulará el desarrollo capitalista y romperá con el estancamiento feudal. Los socialistas deben, en consecuencia, buscar una alianza con la burguesía nacional y formar con ella un frente unido contra la oligarquía y el imperialismo”.⁴¹ La tesis contraria, sostenida por Gunder Frank, señalaba que “la opinión de que el capitalismo debe penetrar aún en el resto del país es científicamente inaceptable, y la estrategia política que la acompaña —apoyar a la burguesía en su esfuerzo por extender el capitalismo y completar la revolución democrático-burguesa— es políticamente desastrosa”.⁴² Del análisis de Gunder Frank se derivaba la lucha directa por el socialismo.

Y sin embargo, si estaba animado profundamente por la política, el debate, según se desprende del párrafo de Frank recién citado, autorizaba a deslizar asertos que se querían incluidos tanto dentro del régimen de verdad de lo político como del de lo científico. Necesidad política y legitimidad científica fueron dos campos en los que, en líneas generales, el debate encontró su horizonte de discusión. No es de extrañar, según la doble inscripción que hemos venido constatando en el joven Laclau, que el debate le ofreciera un terreno intelectual propicio.

Su intervención retoma y afina los postulados de Puiggrós, aunque matizando, gracias a un mejor conocimiento empírico —juizado por él sin embargo insuficiente—, la validez general de la tesis feudal. En rigor, Laclau se ubicaba dentro de un debate más amplio sobre las concepciones de feudalismo y capitalismo que subyacían en muchos de los análisis dedicados a caracterizar a América Latina. Ambas posturas, pese a su mutua oposición, incurrieron en un mismo error: el de desig-

nar “por capitalismo y feudalismo fenómenos relativos a la esfera del cambio de mercancías y no a la esfera de la producción.”⁴³ Esta crítica de las posiciones “circulacionistas” lo lleva a precisar conceptualmente la categoría de modo de producción, así como a relacionar la misma con la de sistema económico entendido como totalidad,⁴⁴ postulando que es el sistema económico el que confiere una ley de movimiento a los diversos modos de producción que lo conforman.

Como destacara hace varios años Steve Stern en un balance del debate, la intervención de Laclau alteró el curso de las discusiones sobre la naturaleza de los sistemas sociales latinoamericanos.⁴⁵ Un debate que ocupó la atención de los intelectuales marxistas de entonces porque de él parecía deducirse una orientación política a seguir.

La ruptura con el PSIN

De mayo a noviembre de 1968 las tensiones que pudieron haber existido en Laclau entre actividad política y proyecto académico, cobran protagonismo. Y, luego de cinco años de intensa militancia, se manifiestan en el abandono del partido a fines de ese mismo año.

Razones políticas lo llevan a una profunda crítica al PSIN⁴⁶, que para él peca de sectarismo y exceso de determinantes ideológicos⁴⁷. Por eso, en el IV Congreso del partido que se realiza en mayo de 1968, Laclau intenta una maniobra para digitar la elección de la dirección siendo neutralizado por el grupo de Ramos. Inmediatamente las relaciones entre ambas fracciones se tensan y, a partir de entonces, la posición de Laclau no será cómoda.⁴⁸

Para la misma época, Laclau acepta un ofrecimiento del Instituto Torcuato Di Tella para realizar una investigación. Se trataba del “Proyecto Marginalidad”, un estudio financiado por

41 E. Laclau, “Feudalismo y Capitalismo...”, op. cit., p. 23.

42 A. Gunder Frank, **Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina**, México, Siglo XXI, p. 3, cit. En Chiaramonte, op. cit. p. 92.

43 E. Laclau, “Feudalismo y capitalismo...” op. cit., p. 23.

44 “Entendemos por modo de producción el complejo integrado por las fuerzas sociales productivas y las relaciones ligadas a un determinado tipo de propiedad de los medios de producción (...) Sistema económico, en cambio, designa las relaciones entre los diferentes sectores de la economía, o entre diversas unidades productivas, ya sea a nivel regional, nacional o mundial.”, *Ibidem*, p.38.

45 S. Stern, “Feudalism, Capitalism and the world system under the Latinamerican and Caribbean view”, en **The American Historical Review**, vol. 93, no. 4, octubre de 1988.

46 En una carta de renuncia del 8/11/68, Laclau, A. Payró, B. Alberti y M. I. Ratti aducen las siguientes razones: “Las deficiencias fundamentales del PSIN —sectarismo, exceso de determinantes ideológicos, alejamiento de la práctica política, hipertrofia de la propaganda— se han reflejado cada vez que el partido tuvo una posibilidad concreta de confrontación política (...) La ausencia de tácticas concretas y de objetivos políticos de alcance medio, condenó al partido a vegetar en una tarea puramente propagandística, al margen de la acción; esto fomentó el sectarismo de los cuadros y les impidió una ágil adaptación a las cambiantes condiciones que la transformación en la conciencia de las masas estudiantiles y obreras creaba.” N. Galasso, **La Izquierda...**, op. cit., p. 124.

47 Retrospectivamente Laclau racionalizó esos rasgos sectarios: “...del lado del *ramismo* lo que había era, crecientemente, una esterilización del debate, porque para estar en el partido de Ramos había que aceptar la totalidad de las posiciones de **Revolución y Contrarrevolución en la Argentina**. Entonces era un poco como una secta (...) Yo decía que había que descargar al partido de ferretería, no hacer un partido de clase obrera, sino simplemente un contingente de lucha que se tiene que incorporar a un proceso que estaba emergiendo de puntos muy distintos. (...) Lo importante era que no hubiera tantos determinantes ideológicos en la posición que estábamos ocupando, pero eso era para Ramos lo que resultaba inaceptable.” Entrevista a E. Laclau, en **El Ojo Mocho**, op. cit., p. 13.

48 Entrevista a Spilimbergo, julio del 2001.

un grant de la Fundación Ford.⁴⁹ La decisión que toma Laclau provoca fricciones con otros integrantes del partido y agrava unas relaciones de hecho tirantes.⁵⁰ Esa determinación de Laclau era indicativa de una necesidad por dedicarse a profundizar la tarea profesional, ya que como él mismo señaló años después “todos los años anteriores de militancia habían sido agotadores y el trabajo intelectual que había podido realizar había sido sumamente reducido”.⁵¹ Es posible que, finalmente, la estructura partidaria en algún momento se haya tornado un impedimento para su desarrollo intelectual.⁵² Con todo, y aún a pesar de la discontinuidad que supone la ruptura con la militancia partidaria, resulta indudable la deuda intelectual de Laclau con el PSIN.

Conclusiones

Tal como hemos intentado mostrar, la producción intelectual del Laclau de la década del '60 se encuentra directamente estimulada por las necesidades de la política. Varios interrogantes no pudieron ser abordados en este trabajo y merecerán un posterior tratamiento: entre otros, el lugar de Laclau dentro del partido, su efectiva libertad de experimentación intelectual dentro de ese marco, o la naturaleza de su relación con Jorge Abelardo Ramos así como los efectos de esa relación en su producción. Algunas reflexiones finales, sin embargo, pueden ser deslizadas.

En primer término, la justificada crítica que la historia de la historiografía de los últimos años ha realizado al llamado revisionismo histórico de izquierda, de tan alto impacto en el período estudiado, acaso ha obstruido la posibilidad de evaluar sus relaciones y comunicaciones con los intentos por desarrollar una historiografía moderna. En el caso de Laclau, su ubicación en una zona de intersección entre los motivos habi-

tuales de ese discurso revisionista y los proporcionados por la renovación historiográfica, sirve para ilustrar de cuánto se pierde una mirada que sólo demonice a la literatura revisionista. Tal vez sea ya el momento de ponderar, dentro del mar de anacronismos, mistificaciones y errores históricos que han sido puestos de relieve por la crítica, las efectivas contribuciones historiográficas con las que el revisionismo de izquierda pudo estar relacionado directa o indirectamente.

Ligado a ello, en segundo término cabe preguntarse si los análisis centrados únicamente en la esfera académica, en una período de creciente politización, no hacen abstracción de las efectivas condiciones de producción que alimentaban a la historiografía del período. Como ha mostrado Silvia Sigal, un campo historiográfico autónomo estaba lejos de haberse consolidado en la década del '60. Pretender hallar las huellas de una historiografía “pura”, libre de contaminaciones con la política, es nuevamente pasar por alto los condicionantes que la escritura histórica suele tener.

Finalmente, cabe preguntarse si la relación estrecha entre historia y política debe evaluarse negativamente desde el punto de vista estricto del resultado que esa relación tiene en el desarrollo de la historiografía. Evidentemente, de un lado hay que volver a señalar que el mismo Laclau retrospectivamente reconoce los impedimentos que la militancia partidaria tenían para la producción intelectual. Su ruptura con el PSIN y su partida a Inglaterra parecen hablar de la fatiga que los años de militancia le produjeron. Sin embargo, como hemos intentado mostrar, sus trabajos se alimentaron del universo intelectual al que lo comunicaba la actividad política. En ese sentido, las posteriores apropiaciones que desde la historiografía académica se han hecho de los escritos de Laclau —y el aserto no debe limitarse a su caso—⁵³ a veces olvidan el origen eminentemente político con que fueron concebidos. Del mismo modo,

49 En diciembre de 1968 fue publicado por el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella el Informe preliminar del Proyecto Marginalidad, “La Marginalidad en América Latina”. Era un documento de trabajo elaborado por un equipo dirigido por J. Nun y conformado por M. Murmis y J.C. Marin como investigadores principales. E. Laclau, B. Balvé, N. D’Alessio y M. Noweszttern como investigadores, D. Apter, E. Hobsbawm y A. Touraine como asesores permanentes. El documento encerraba un debate político-académico ligado al carácter estructural del desempleo y su relación con la creciente pobreza y marginalidad. El Informe planteaba un marco sociológico —relacional— para analizar los procesos de destitución social de crecientes sectores de la población y postulaba una perspectiva multifacética de los procesos sociales. Allí se señalaba que las relaciones de producción y de consumo vinculadas con la marginalidad son constituidas y constituyentes de sistemas de acción determinados. De este modo, se tomaba en consideración el sentido de la acción de los actores, las redes de solidaridad y los patrones culturales. Se vuelve importante señalar que fue en el marco de este proyecto donde Laclau elaboró “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Una aproximación a los casos argentino y chileno” y “Feudalismo y Capitalismo en América Latina”, los dos artículos analizados en este trabajo que, desde una perspectiva histórico-estructural, intentaban dar cuenta de la emergencia del fenómeno de la marginalidad social.

50 Un periodista y ex integrante del PSIN denuncia en *Patria Grande*: “Entre los izquierdistas vinculados a la investigación promovida por Ford se encuentra Ernesto Laclau, un verdadero policlasista que reparte su tiempo entre los ejecutivos a los que catequiza en la Universidad de la Empresa, el imperialismo —a quien asesora en esta investigación— y el proletariado a quien instruye desde la dirección de *Lucha Obrera*.” En *Patria Grande*, n° 2, octubre, 1968.

51 Entrevista a E. Laclau, en *El Ojo Mocho*, op. cit., p. 13. La reducida producción de Laclau en el período de militancia se evidencia en que se dedica exclusivamente a escribir las editoriales de *Lucha Obrera*, que versan sobre temas de política contemporánea: entre otras, “Nuestras tareas inmediatas”, “Respuesta a Frigerio”, “Si el pueblo no puede votar ¡querrá pelear!”, “Termina la pax radical”, “Illia o la filosofía de la tortuga”.

52 Horacio Tarcus ha sugerido la idea general según la cual la lógica de los partidos de izquierda en Argentina funcionó obstruyendo la capacidad creativa de los intelectuales que en ellos se desenvolvían que, por esta razón, en algún momento optaron por la ruptura. Según Tarcus, “el control de la dirección sobre la totalidad de la producción escrita fue muy estricta, y el margen de tolerancia para con las ‘desviaciones de línea’ en los ‘intelectuales pequeñoburgueses’ que querían tomar vuelo propio, fue sumamente escaso”. V. H. Tarcus, *El marxismo olvidado...*, op. cit. p. 18. Tarcus incluye al caso de Laclau en esta proposición general, pero sin embargo aún resta investigar con mayor profundidad si esto se verifica.

53 Horacio Tarcus ha mostrado sobradamente cómo en el caso de Milcíades Peña sus escritos históricos respondían a una lógica política. Y ha resaltado cómo sus trabajos han sido apropiados desde la historiografía académica. Tal es el caso de sus principales tesis: la que analiza el proceso de constitución del Estado y la Nación en Argentina, y la que versa sobre la consolidación de la clase dominante, retomadas entre otros por W. Ansaldo, O. Ozslak, J. Sabato. En *El marxismo olvidado...*, *passim*.

la búsqueda romántica en la experiencia de la Universidad reformista del '55 al '66 de los orígenes de una época dorada precursora de un campo historiográfico profesional autónomo, corre otra vez el riesgo de perder de vista el lugar que esa misma universidad tenía en el contexto más amplio de la sociedad y la política de la época. Baste recordar en ese sentido la propia actividad política de José Luis Romero en las filas del socialismo argentino, paralela a su actividad académica pero con innegables vasos comunicantes con ella⁵⁴. Porque, por lo demás, tal vez en esos años la producción de Laclau no haya sido todo lo profusa que pudo de otro modo haber sido; pero, probablemente, los años de militancia política deban acaso ser evaluados desde otra unidad de cuenta que la que ofrece un mero repaso cuantitativo de sus trabajos efectivamente realizados. Tal vez el "Viamonte 430, donde todo empezó", evocado por Laclau varias décadas después desde Inglaterra, refiera a todo lo que su formación de intelectual le debe a esa militancia política intensamente transitada. Por lo demás, si su partida al medio intelectual inglés señala una cierta discontinuidad respecto a la relación con la política que venía llevando a cabo, las huellas de esa temprana relación no habrán de quedar en absoluto borradas en los textos que habrán de lanzarlo al estrellato intelectual:⁵⁵ no de otro modo se entiende que precisamente el libro que lo catapultó al cielo de la constelación académica lleve en su título la marca indeleble de la política procurada ahora en esa tan sofisticada y a la vez polémica búsqueda de una renovada *hegemonía y estrategia socialista*.

54 Para una evaluación de la obra historiográfica de José Luis Romero según la cual se haya tensada por los avatares de la política, véase Javier Trímoli, "José Luis Romero o la Argentina como drama", en *El Rodaballo*, n° 6, Buenos Aires, 1996.

55 El artículo "Hacia una teoría del populismo" en *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1978, se presenta idóneo para realizar esta filiación. Emilio de Ipola señala que las referencias teóricas de *Política e ideología en la teoría marxista* "...no impiden ver el trasfondo real de las preocupaciones del autor. Y ese trasfondo no es sólo, ni principalmente teórico: es en lo esencial político (...) Son ante todo razones políticas las que inducen al autor a ese minucioso rodeo de la teoría que efectúa en su libro." En *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, Folios ediciones, 1983, p.93. A su vez, como señala Tarcus, este artículo, acudiendo a un sofisticado aparato intelectual ajeno a los excamaradas del PSIN, hunde sus raíces en ciertas tesis de la Izquierda Nacional, en H. Tarcus, *El Marxismo olvidado...*, op. cit., p. 19.